

Violencias entrelazadas en América Latina (II)

Paola Díaz

Universidad de Tarapacá, Chile

Fabiola de Lachica Huerta

Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco, México

Isabel Beltrán Gil

Universidad Autónoma de Guerrero (UAGro), México

XII
■

Este número especial, en sus dos volúmenes, propuso el concepto de *violencias entrelazadas* como una herramienta analítica orientada a comprender la articulación simultánea, acumulativa y secuencial de múltiples formas de violencia en América Latina. Más que una categoría descriptiva, dicha propuesta se situó como una intervención teórica frente a la fragmentación de los estudios sobre la violencia, planteando la necesidad de una aproximación relacional capaz de integrar diferentes temporalidades (lenta/acontencional) y diversas dimensiones de la violencia (estructural y agencial directa) (Díaz, de Lachica y Beltrán-Gil 2026). Desde esta perspectiva, la violencia no se reduce a eventos aislados ni a tipologías discretas, sino que se configura como un entramado dinámico de prácticas, procesos y condiciones históricas que producen daño, pero también formas de resistencia, resignificación o reparación.

Este segundo volumen retoma esa apuesta conceptual a partir de ocho investigaciones empíricas que permiten observar cómo las violencias entrelazadas se encarnan en la vida social.

En diálogo con una tradición crítica que ha problematizado la violencia más allá de su dimensión directa (Galtung 1969; Nixon 2011; Scheper-Hughes y Bourgois 2004), los trabajos aquí reunidos permiten comprender que las distintas formas de violencia no solo coexisten, sino que se potencian mutuamente, generando configuraciones complejas que atraviesan escalas, temporalidades y ámbitos de la vida social. Esta perspectiva se inscribe también en debates contemporáneos que han subrayado el carácter relacional de la violencia y su inscripción en desigualdades históricas, dinámicas de racialización, transformaciones del capitalismo y reconfiguraciones del Estado (Fassin 2025; Segato 2003).

A partir de esta base, los artículos de este volumen pueden leerse en torno a cinco ejes analíticos que, lejos de constituir compartimentos cerrados, se entrecruzan y dialogan entre sí: (1) las moralidades, afectividades y jerarquías que sostienen la violencia; (2) los territorios, el cuidado y producción de la vida en contextos de precarización; (3) las movilidades y continuidades transnacionales de la violencia; (4) las burocracias y dispositivos institucionales que la reproducen; y (5) las memorias y contranarrativas que disputan su sentido.

Moralidades, afectos y legitimación de la violencia

Un primer eje se centra en las formas en que la violencia se produce, se justifica y se naturaliza a través de marcos morales y afectivos. Lejos de concebir la violencia como una ruptura del orden social, los trabajos aquí reunidos muestran cómo, en múltiples contextos, constituye un mecanismo de su reproducción.

El análisis de Ricardo Greene sobre las reacciones de los sectores conservadores ante la revuelta social chilena de 2019 evidencia que, en contextos de crisis del orden simbólico, emergen repertorios afectivos y discursivos orientados a la restauración jerárquica del mundo social. Por medio de prácticas como la animalización, la subhumanización y la estetización de la violencia, estos sectores construyen una narrativa que legitima la exclusión y reactualizan fronteras morales entre quienes merecen reconocimiento pleno y quienes son situados como amenaza. Estas dinámicas pueden leerse, además, a la luz de las formas históricas de racialización descritas para América Latina (De la Cadena 2010; Wade 2010).

En este sentido, la violencia simbólica aparece como una dimensión central del entrelazamiento de violencias, en la medida en que organiza los criterios de inteligibilidad de la violencia misma: quién puede ser objeto de ella, bajo qué condiciones y con qué justificaciones. Como han señalado diversos autores, la racialización en América Latina no se ancla exclusivamente en lo fenotípico, sino en relaciones sociales que articulan clase, cultura y formas de habitar el mundo (Wade 2010). En este marco, la producción de alteridades subhumanizadas se convierte en un mecanismo clave para sostener formas de violencia que, en lugar de percibirse como tales, se experimentan como necesarias o legítimas.

De manera similar, el estudio de Julie Lavielle y Dorothée Delacroix sobre economías morales en contextos de posconflicto en Perú y Colombia muestra que la violencia no desaparece con el fin formal de la guerra, sino que se reconfigura en prácticas cotidianas y en marcos de justificación socialmente aceptables. Al retomar la noción de economía moral (Fassin 2015; Scott 1976; Thompson 1966), el artículo evidencia cómo ciertas formas de violencia —especialmente las estructurales y simbólicas— pueden ser toleradas o incluso legitimadas en nombre de la justicia, la seguridad o la reconciliación.

Estos trabajos ponen en evidencia que el entrelazamiento de la violencia opera también en el plano de las moralidades, en el que se producen jerarquías de valor

que determinan qué vidas importan y cuáles pueden ser expuestas al daño. En este sentido, el análisis de las economías morales permite comprender la violencia no solo como un fenómeno material, sino también como un campo de producción normativa y afectiva.

Territorios, cuidado y producción de la vida

Un segundo eje aborda la relación entre violencia, territorio y prácticas de cuidado, y pone énfasis en las formas en que la vida se sostiene en contextos atravesados por múltiples precariedades. Más que entender el territorio como un mero escenario en el que ocurre la violencia, los trabajos aquí reunidos lo conciben como una dimensión constitutiva del entrelazamiento: un espacio relacional en el que se producen, se sedimentan y se disputan las condiciones materiales y simbólicas de la existencia. En este sentido, la violencia no solo impacta los territorios, sino que los configura, al tiempo que estos inciden en las trayectorias y experiencias de quienes los habitan.

El estudio de Alejandra Luneke, Elizabeth Zenteno-Torres, María Paz Trebilcock y Trinidad Mujica sobre asentamientos informales en Chile (campamento Lampa en la Región Metropolitana y campamento Placilla de Peñuelas en la Región de Valparaíso) muestra con claridad cómo distintas formas de violencia —infraestructural, simbólica e institucional— se articulan en la vida cotidiana y configuran condiciones de precariedad que afectan simultáneamente el acceso a vivienda, servicios básicos, reconocimiento social y derechos fundamentales. La informalidad urbana se organiza no como una anomalía transitoria, sino como una expresión estructural de las desigualdades que caracterizan a las ciudades latinoamericanas. En este marco, la exclusión socioespacial no solo delimita dónde se vive, sino también cómo se vive, bajo qué riesgos y con qué posibilidades de reproducción de la vida.

En diálogo con la geografía crítica y feminista, el artículo subraya el papel central de las mujeres cuidadoras en la producción social del espacio y en la reproducción de la vida (Lefebvre 1974; Massey 2004). Las mujeres se constituyen como agentes fundamentales en la organización de la vida cotidiana, en la gestión de recursos escasos y en la construcción de redes de apoyo que permiten sostener la vida en condiciones adversas. En este sentido, el cuidado se desplaza de una dimensión estrictamente doméstica hacia un plano colectivo y territorial, donde se convierte en una práctica que articula relaciones sociales, organiza el espacio y produce comunidad.

En estos contextos, el cuidado emerge como una práctica relacional que permite sostener la vida cotidiana frente a la ausencia, insuficiencia o ambivalencia del Estado. Como han señalado diversos estudios sobre violencia urbana, la precariedad material y la violencia estructural no pueden entenderse como condiciones independientes, sino como dimensiones interrelacionadas que configuran experiencias de vida específicas (Auyero y Berti 2015; Moser 2004). Desde esta perspectiva, el cuidado no solo responde a la violencia, sino que constituye una forma de intervención sobre ella, en la medida en que habilita la reproducción de la vida en escenarios en los que esta se encuentra constantemente amenazada.

Este trabajo también permite complejizar la lectura del cuidado al mostrar que su centralidad no implica necesariamente su reconocimiento social e institucional. Por el contrario, el cuidado aparece muchas veces como una carga desigualmente distribuida, sostenida principalmente por mujeres, que absorben los efectos del abandono estatal y de las violencias estructurales. En este sentido, lo que se revela es una forma específica de violencia —aquella que se manifiesta como indiferencia o desatención institucional— que se entrelaza con otras dimensiones del daño y se inscribe en la organización misma de la vida social.

Así, el análisis de la vida cotidiana en Buenaventura, Colombia, en el artículo de Gabriel Ruiz Romero, Daniel Castaño Zapata y Pedro Jurado Castaño, permite ampliar esta discusión al mostrar que, incluso en contextos marcados por violencias extremas, la vida social no se suspende, sino que se reorganiza a partir de prácticas y tácticas cotidianas que permiten a los sujetos habitar estos espacios. La ciudad se presenta aquí como un espacio estratificado y contradictorio, donde coexisten dinámicas de exclusión, economías ilegales, producción de riqueza y formas intensas de sociabilidad. Así, habitar implica desarrollar un conocimiento práctico de las lógicas de la violencia —identificar riesgos, leer el territorio, reconocer actores— que permite navegar la ciudad.

Este enfoque dialoga con perspectivas que han enfatizado la importancia de las prácticas cotidianas como formas de agencia frente al poder (Das *et al.* 1998), lo que evidencia que la violencia no anula la vida social, sino que la reconfigura. La cotidianidad se convierte así en un espacio clave para observar no solo los efectos de la violencia, sino también las formas en que esta se negocia e incorpora a la experiencia de quienes la habitan.

En resumen, estos trabajos permiten comprender que las violencias entrelazadas producen destrucción, al tiempo que generan condiciones en las que emergen prácticas de cuidado, resistencia y producción de vida cotidiana. De esta manera, el estudio del espacio urbano y la vida cotidiana desplaza la mirada hacia los procesos mediante los cuales la vida persiste, se reorganiza y se produce incluso en escenarios marcados por el daño.

Movilidades y continuidades de la violencia

Un tercer eje se centra en las movilidades humanas y en las formas en que la violencia se desplaza, se reconfigura y se rearticula más allá de las fronteras territoriales. Desde esta perspectiva, la migración se observa como un proceso atravesado por múltiples formas de violencia que se encadenan en el tiempo y se transforman a medida que las personas recorren distintos contextos y territorios. El desplazamiento no implica necesariamente una ruptura con las condiciones de violencia, sino, en muchos casos, su prolongación, intensificación o mutación.

El artículo sobre migraciones de mujeres afrocolombianas del Pacífico colombiano hacia el norte de Chile, de Gustavo Macaya-Aguirre y Carolina Stefoni,

muestra que la violencia no puede comprenderse como un evento localizado en el territorio de salida de las personas migrantes, sino como un proceso que acompaña y estructura las trayectorias migratorias. Las experiencias de estas mujeres evidencian cómo las violencias de género, raciales y territoriales se articulan antes, durante y después de la migración, trazando un *continuum* que atraviesa distintos espacios y temporalidades (Kelly 1988; Segato 2003). En este sentido, la salida del lugar de residencia no representa una ruptura con la violencia, sino su reconfiguración en nuevos escenarios, en los que se rearticulan jerarquías raciales, dinámicas de exclusión y formas de precarización.

Este enfoque permite desplazar la mirada desde una comprensión lineal de la migración —como tránsito entre un espacio social violento, del que se huye, y un destino potencialmente seguro— hacia una lectura relacional en la que los distintos momentos del proceso migratorio se encuentran profundamente conectados. Las violencias experimentadas en los territorios de origen, vinculadas al conflicto armado, al racismo estructural y a las desigualdades socioeconómicas, no desaparecen con el desplazamiento, sino que se inscriben en las condiciones de tránsito y llegada, especialmente en torno al trabajo, el cuidado, la (ir) regularización migratoria y las relaciones sociales. En este marco, el cuidado transnacional de las familias migrantes emerge como un espacio particularmente relevante para observar cómo se entrelazan las violencias, al mismo tiempo que se configuran redes afectivas y estrategias de resistencia que permiten sostener la vida.

En una línea analítica convergente, el estudio de Helena Fabré Nadal propone comprender este fenómeno a partir de la articulación entre violencias estructurales, lentas y extremas. Desde esta perspectiva, la desaparición no debe entenderse como un hecho aislado o excepcional, sino como un nudo crítico dentro de un entramado más amplio de violencias que se despliegan en distintas escalas y temporalidades. Las condiciones de precariedad en los territorios de origen —marcadas por la desigualdad, la degradación ambiental y la falta de oportunidades— se articulan con las violencias que caracterizan las rutas migratorias, donde la criminalidad, la impunidad y la desprotección institucional configuran escenarios de alto riesgo para migrantes empobrecidos.

Este enfoque permite comprender la desaparición forzada no solo como una forma extrema de violencia, sino también como parte de un *continuum* que atraviesa la vida de las familias antes, durante y después de la desaparición de un ser querido mientras migraba. En particular, las experiencias de las mujeres que permanecen en los territorios de origen de las personas migrantes desaparecidas muestran cómo la violencia se reconfigura en la espera, la búsqueda y la incertidumbre, produciendo nuevas formas de afectación que se suman a las ya existentes.

Ambos trabajos permiten visibilizar la dimensión transnacional de las violencias entrelazadas, mostrando que estas no se circunscriben a espacios delimitados, sino que se desplazan, se conectan y se transforman a través de redes, trayectorias y procesos históricos. Bajo esta mirada, la movilidad no solo aparece como un

desplazamiento de personas, sino también como un vector a través del cual circulan y se reconfiguran las violencias, lo que evidencia su carácter dinámico y relacional.

Asimismo, estos estudios invitan a cuestionar las lecturas que separan tajantemente los contextos migratorios de origen y destino, así como aquellas que distinguen entre “antes” y “después” de la violencia. Al contrario, lo que se observa es una continuidad en la que distintas formas de violencia se entrelazan y se actualizan según las condiciones específicas de cada contexto.

En suma, estos trabajos muestran que las violencias entrelazadas no se limitan a espacios específicos, sino que se desplazan y se transforman, dando lugar a trayectorias de vida atravesadas por múltiples formas de daño. Al hacerlo, amplían la comprensión del fenómeno al incorporar la dimensión de la movilidad como elemento central para analizar la persistencia, la reconfiguración y la expansión de la violencia en América Latina.

Burocracias, instituciones y violencias cotidianas

Un cuarto eje se orienta al análisis de las instituciones y las burocracias como espacios en los que la violencia no solo se gestiona o se contiene, sino que también se produce, se reproduce y se reconfigura en formas aparentemente ordinarias. Este desplazamiento analítico resulta fundamental para el enfoque de las violencias entrelazadas, en la medida en que permite cuestionar la idea de las instituciones como ámbitos externos o neutrales frente a la violencia y, por el contrario, mostrar su implicación activa en la generación de agravios.

La etnografía sobre la búsqueda de personas desaparecidas en México, de Andrea de la Serna Alegre, introduce el concepto de violencias burocráticas para dar cuenta de cómo las prácticas institucionales pueden profundizar los daños que ya enfrentan las familias. A través de interacciones cotidianas, procedimientos administrativos y formas específicas de trato, las burocracias de la búsqueda y de la desaparición configuran un entramado de relaciones en el que se entrelazan distintas modalidades de violencia: simbólica, estructural y directa. Estas no aparecen como dimensiones separadas, sino como capas superpuestas que se activan en la experiencia concreta de quienes interactúan con las instituciones.

En este sentido, la violencia institucional no se expresa únicamente en grandes decisiones políticas o en la ausencia de acción estatal, sino también en prácticas rutinarias que, al repetirse, producen efectos acumulativos. El trato despectivo, la desorganización de las diligencias, la falta de información, la negligencia en los procedimientos o incluso formas de humor inapropiado en contextos de extrema sensibilidad, constituyen expresiones de una violencia que se normaliza por medio de prácticas aparentemente triviales que, sin embargo, tienen un profundo impacto en la experiencia de las familias.

Esta perspectiva permite poner atención en las dimensiones micro de la violencia institucional, mostrando cómo esta se produce a través de interacciones situadas

y relaciones asimétricas de poder. En línea con lo que plantean Scheper-Hughes y Bourgois (2004) en su análisis de la violencia cotidiana, se trata de formas de daño que no necesariamente son reconocidas como violencia en el momento en que ocurren, pero que contribuyen a reproducir desigualdades e intensificar el sufrimiento de quienes ya han sido violentados. Al mismo tiempo, el análisis de las violencias burocráticas permite comprender cómo estas se entrelazan con otras formas de violencia que preceden y exceden el ámbito institucional. La violencia criminal y las desigualdades estructurales configuran el contexto en el que las burocracias se insertan. En lugar de interrumpir estas dinámicas, las prácticas institucionales pueden contribuir a su continuidad al reforzar las condiciones que las hacen posibles.

En este sentido, las burocracias no solo administran la violencia, sino que también participan en su producción, al establecer formas de clasificación, reconocimiento y tratamiento que afectan de manera diferenciada a las personas. Las categorías institucionales, los procedimientos y los tiempos burocráticos configuran modos específicos de relación con la violencia, en los que ciertas experiencias son validadas, mientras que otras son desestimadas o invisibilizadas. Así, la violencia institucional se articula no solo en lo que se hace, sino también en lo que se omite, en lo que se retrasa y en lo que se niega.

Asimismo, este eje permite observar cómo las familias no son actores pasivos frente a estas dinámicas, sino que desarrollan estrategias para navegar, confrontar y, en ocasiones, reconfigurar las prácticas institucionales. La colaboración etnográfica que sustenta el trabajo de Andrea de la Serna, pone de relieve la producción conjunta de conocimiento y la posibilidad de producir conocimiento con quienes viven estas experiencias, evidenciando que las burocracias son también espacios de disputa en los que se negocian significados, se cuestionan prácticas y se demandan transformaciones.

Este eje muestra que las violencias entrelazadas se manifiestan no solo en contextos de conflicto abierto o en escenarios de violencia extrema, sino también en los espacios cotidianos de la institucionalidad. Al situar en el centro el análisis de las burocracias, se revela la importancia de atender a las formas ordinarias en que la violencia se reproduce, así como a los mecanismos mediante los cuales se naturaliza e integra en la vida social. Por consiguiente, el estudio de las violencias burocráticas amplía la comprensión del fenómeno al evidenciar que la violencia no es únicamente aquello que irrumpe de manera visible y extraordinaria, sino también aquello que se sedimenta en los procedimientos y en las relaciones que configuran el funcionamiento del Estado. Esta perspectiva permite una lectura relacional de la violencia, en la que las instituciones dejan de ser concebidas como instancias externas para ser entendidas como parte constitutiva del entramado de violencias que atraviesa la vida social en América Latina.

Memoria, ausencia y contranarrativas

Finalmente, un quinto eje se centra en las memorias de la violencia y en las disputas por su narración, poniendo en evidencia que las violencias entrelazadas no solo operan en el plano de lo material y lo institucional, sino también en el terreno de la representación. Desde esta perspectiva, la violencia se prolonga en las formas en que las experiencias del daño están registradas o borradas, recordadas u olvidadas.

El estudio de Alberto Todaro y Raquel Martínez Chicón sobre migrantes sicilianos desaparecidos durante la dictadura argentina (1974-1983) muestra con claridad que la desaparición forzada implica, ciertamente, la eliminación física de los cuerpos y la incertidumbre sobre el destino de las personas, así como un proceso complejo de borramiento de identidades, trayectorias y vínculos sociales. En este sentido, la desaparición constituye una forma de violencia que actúa simultáneamente en múltiples dimensiones: corporal, simbólica y epistémica. Como ha sido ampliamente documentado, esta figura produce una ausencia radical que desestabiliza no solo a las personas directamente afectadas, sino también a las comunidades y a los marcos de comprensión de la realidad (Kaufman 1998).

En el caso específico analizado, este borramiento adquiere además una dimensión transnacional, en la medida en que las trayectorias migratorias de los sujetos desaparecidos generan un doble desarraigo de la memoria: por un lado, en Argentina, las víctimas pueden ser subsumidas en narrativas generales que invisibilizan su singularidad —en este caso se trata de la especificidad de “migrante italiano”— y, por otro, en el país de origen, donde su ausencia se diluye progresivamente en el tiempo y en la distancia. De este modo, las violencias entrelazadas se manifiestan también en la fragmentación de las memorias y en la dificultad de inscribir estas vidas en los relatos colectivos de ambos lados del Atlántico.

Frente a estos procesos de silenciamiento, la reconstrucción de historias de vida realizada por los autores opera como una práctica de contranarrativa que busca disputar las formas en que la violencia ha sido registrada —o no registrada— en los marcos institucionales y sociales. A través del trabajo etnográfico, el artículo muestra cómo la recuperación de trayectorias individuales permite reinscribir a los sujetos desaparecidos en la historia y restituir su existencia social. En este sentido, la contranarrativa no solo se opone al silencio, sino que también cuestiona las formas dominantes de representación presentista de la violencia, evidenciando sus límites y exclusiones.

Esta dimensión resulta particularmente relevante si se considera que las narrativas oficiales sobre la violencia suelen operar a partir de categorías que simplifican las experiencias y establecen distinciones rígidas entre víctimas y perpetradores, entre inocencia y culpabilidad, entre memoria legítima y memoria marginal. Como muestran diversos estudios sobre violencia y posconflicto, estas categorías pueden invisibilizar la complejidad de las trayectorias individuales y las ambigüedades propias de contextos atravesados por múltiples formas de violencia (Kalyvas 2003).

En este sentido, las contranarrativas permiten abrir espacios para una comprensión de la violencia con matices y zonas grises.

Desde este marco, la memoria aparece como un campo de disputa en el que se confrontan narrativas oficiales, silencios institucionales y experiencias vividas. No se trata de un registro neutral del pasado, sino de un proceso activo de producción de sentido en el que intervienen distintos actores, intereses y marcos interpretativos. Como ha señalado Fassin (2015), las formas en que se recuerda la violencia están profundamente atravesadas por economías morales que definen qué vidas son dignas de ser lloradas, qué sufrimientos son reconocidos y qué historias merecen ser contadas.

En este marco, las violencias entrelazadas se inscriben también en las formas en que se recuerda y se narra el pasado, evidenciando que el daño no se limita al momento de su ocurrencia, sino que se prolonga en las disputas por su representación. La ausencia, en este sentido, no es solo un vacío, sino una condición activa que estructura relaciones sociales, prácticas de memoria y formas de subjetividad. La búsqueda de los desaparecidos, la reconstrucción de sus historias y la exigencia de reconocimiento se convierten así en prácticas que desafían las lógicas de borrado y que abren posibilidades para la reconfiguración del sentido.

Asimismo, este eje permite observar que las memorias de la violencia no son homogéneas ni consensuadas, sino múltiples, fragmentadas y, en ocasiones, contradictorias. Las tensiones entre memoria institucional y memoria social, entre narrativas oficiales y relatos familiares, ponen en evidencia que la violencia no solo se disputa en el presente, sino también en la forma en que se construye el pasado. En este sentido, las contranarrativas buscan recuperar lo que ha sido silenciado y, al mismo tiempo, cuestionar las formas en que se ha producido ese silencio.

Así, este eje muestra que las violencias entrelazadas no pueden comprenderse plenamente sin atender a sus dimensiones temporales y narrativas. La memoria, las narrativas y las contranarrativas constituyen espacios clave para analizar la persistencia de la violencia más allá de sus manifestaciones inmediatas, así como las formas en que esta se resignifica, se disputa y se transforma. Al hacerlo, amplían la comprensión del fenómeno al incorporar no solo lo que la violencia hace, sino también cómo se representa.

A modo de cierre

Los artículos de este volumen muestran que las violencias entrelazadas no pueden comprenderse únicamente como la superposición de distintas formas de daño, sino más bien como un entramado relacional que involucra prácticas, significados, instituciones y afectos. Lejos de constituir una suma de violencias aisladas, lo que se evidencia es una dinámica compleja en la que estas se articulan, se potencian y se reconfiguran en distintos niveles, escalas y temporalidades, produciendo configuraciones específicas de desigualdad, sufrimiento y exclusión (Díaz, De Lachica y Beltrán 2026).

Desde esta perspectiva, el concepto de violencias entrelazadas permite reorientar la mirada de una comprensión fragmentada hacia un enfoque que reconoce la interdependencia entre distintas formas de violencia. Así, las violencias estructurales que organizan la distribución desigual de recursos y oportunidades no pueden disociarse de las violencias simbólicas que legitiman dichas desigualdades, ni de las violencias cotidianas que las reproducen en la vida social. Del mismo modo, las violencias extremas —como la desaparición forzada— no aparecen como rupturas excepcionales, sino como nodos dentro de entramados más amplios que las hacen posibles y las sostienen en el tiempo.

A lo largo de este volumen, se ha mostrado que estas articulaciones no operan únicamente en el plano estructural, sino que se encarnan en experiencias situadas, prácticas concretas y relaciones sociales específicas. Desde las moralidades que legitiman la exclusión y la deshumanización hasta las prácticas de cuidado que sostienen la vida en contextos de precariedad; desde las trayectorias migratorias que evidencian la continuidad de la violencia más allá de las fronteras hasta las burocracias que la reproducen en su cotidianidad; desde las economías morales hasta las contranarrativas que disputan el silencio, los artículos reunidos en este volumen permiten observar la densidad y complejidad de las violencias en América Latina.

En este sentido, uno de los principales aportes de este conjunto de trabajos radica en mostrar que la violencia no puede comprenderse únicamente a partir de sus manifestaciones más visibles o espectaculares, sino que también requiere analizarse en sus formas ordinarias y en sus inscripciones cotidianas. Este desplazamiento analítico resulta clave para comprender cómo la violencia se normaliza, se invisibiliza y se integra en la vida social, al tiempo que abre la posibilidad de identificar los mecanismos mediante los cuales se reproduce y se transforma.

Asimismo, los trabajos aquí reunidos evidencian que las violencias entrelazadas no solo producen daño, sino que también generan condiciones en las que emergen prácticas de resistencia, cuidado y resignificación. Estas prácticas, antes que marginales, constituyen dimensiones centrales de la vida social que permiten sostener la existencia en contextos adversos y que, en muchos casos, abren espacios para la transformación. En este punto, el enfoque dialoga con perspectivas que han subrayado la importancia de las prácticas cotidianas y de las formas situadas de agencia para comprender la relación entre la violencia y la vida social (Das *et al.* 1998).

Por otra parte, este volumen pone de relieve la importancia de incorporar una perspectiva que reconozca la dimensión temporal de las violencias, evidenciando que estas no se limitan a momentos específicos, sino que se despliegan en continuidades que atraviesan generaciones, territorios y experiencias. En este sentido, la noción de *continuum* de la violencia (Scheper-Hugues y Bourgois 2004) y las aproximaciones que enfatizan la persistencia de las violencias más allá de sus formas acentuales (Nixon 2011) resultan fundamentales para comprender cómo estas se entrelazan en el tiempo, configurando trayectorias de vida marcadas por la acumulación de daños.

De igual manera, los artículos invitan a repensar el papel de las instituciones en la producción y reproducción de la violencia, mostrando que estas no operan como instancias externas o neutrales, sino como parte constitutiva de los entramados de violencia que atraviesan la vida social. Las burocracias, las políticas públicas y los dispositivos de gestión responden a la violencia y, al mismo tiempo, pueden contribuir a su continuidad, lo que evidencia la necesidad de una lectura crítica del Estado y de sus prácticas (Fassin 2015).

Finalmente, este volumen reafirma la potencia analítica del concepto de violencias entrelazadas para pensar la violencia contemporánea en América Latina, al ofrecer una herramienta que articula distintas dimensiones del fenómeno sin reducir su complejidad. Al mismo tiempo, abre nuevas preguntas y líneas de investigación que invitan a seguir explorando sus múltiples expresiones, transformaciones y efectos en diversos escenarios.

En un escenario regional marcado por la persistencia y reconfiguración de diversas formas de violencia, sostener una mirada relacional e interdisciplinaria no solo resulta pertinente, sino necesario. En este sentido, este volumen no busca cerrar el debate, sino contribuir a su expansión, proponiendo un marco que permita seguir interrogando las violencias en sus múltiples entrelazamientos, así como las formas en que estas se viven, se enfrentan y se resignifican en la vida social.

XXII

Referencias

1. Auyero, Javier y María Fernanda Berti. 2015. *In Harm's Way: The Dynamics of Urban Violence*. Princeton: Princeton University Press.
2. Das, Veena, Arthur Kleinman, Mamphela Ramphele y Pamela Reynolds, eds. 1998. *Violence and Subjectivity*. Berkeley, CA: University of California Press.
3. De la Cadena, Marisol. 2010. "Indigenous Cosmopolitics in the Andes: Conceptual Reflections beyond 'Politics'". *Cultural Anthropology* 25 (2): 334-370. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2010.01061.x>
4. Díaz, Paola, Fabiola de Lachica e Isabel Beltrán-Gil. 2026. "Violencias entrelazadas en América Latina". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 62: 3-20. <https://doi.org/10.7440/antipoda62.2026.01>
5. Fassin, Didier. 2015. "La economía moral del asilo. Reflexiones críticas sobre la 'crisis de los refugiados' de 2015 en Europa". *Disparidades. Revista de Antropología* 70 (2): 277-290. <https://doi.org/10.3989/rdtp.2015.02.001.02>
6. Fassin, Didier. 2025. *Leçons de ténèbres. Ce que la violence dit du monde*. París: La Découverte.
7. Galtung, Johan. 1969. "Violence, Peace and Peace Research". *Journal of Peace Research* 6 (3): 167-191. <https://doi.org/10.1177/002234336900600301>
8. Kalyvas, Stathis N. 2003. "The Ontology of 'Political Violence': Action and Identity in Civil Wars". *Perspectives on Politics* 1 (3): 475-494. <https://doi.org/10.1017/S1537592703000355>

9. Kaufman, Susana Griselda. 1998. "Sobre violencia social, trauma y memoria". Trabajo presentado en el seminario Memoria Colectiva y Represión, 16 y 17 de noviembre, Montevideo, Uruguay.
10. Kelly, Liz. 1988. *Surviving Sexual Violence*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
11. Lefebvre, Henri. 1974. "La producción del espacio". *Papers. Revista de Sociologia* 3: 219-229. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v3n0.880>
12. Massey, Doreen. 2004. "Geographies of Responsibility". *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography* 86 (1): 5-18. <https://doi.org/10.1111/j.0435-3684.2004.00150.x>
13. Moser, Caroline O. N. 2004. "Urban Violence and Insecurity: An Introductory Roadmap". *Environment and Urbanization* 16 (2): 3-16. <https://doi.org/10.1177/095624780401600220>
14. Nixon, Rob. 2011. *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
15. Scott, James C. 1976. *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.
16. Segato, Rita. 2003. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Prometeo.
17. Scheper-Hughes, Nancy y Philippe Bourgois, eds. 2004. *Violence in War and Peace: An Anthology*. Malden, MA: Blackwell.
18. Thompson, E. P. 1966. *The Making of the English Working Class*. Nueva York: Vintage Books.
19. Wade, Peter. 2010. *Race and Ethnicity in Latin America*. Londres: Pluto Press.